

LA MALOGRADA INVENCIÓN DE LA PICARESCA

DAVID A. BORUCHOFF
McGill University

Para F. M. V., maestro que *me alumbró y adestró en la carrera de vivir.*

El proceso de asimilación y transferencia que se discute en estas páginas y que da pie a un nuevo género literario, la novela picaresca, encaja casi precisamente con el *inuentio* de la preceptiva clásica y humanística: “la ideación de argumentos (pruebas o evidencia) ciertos o verosímiles que hacen creíble una causa”, es decir, que favorecen, explican o justifican una toma de posición, acción o caso, tanto en el sentido coloquial como en el forense¹. En efecto, como veremos, la picaresca resulta de dos *invenciones* complementarias. Primero, la intencional –y en parte irónica– proyección de un velo de santidad sobre la supuesta autobiografía de un personaje que no obstante se declara “no más sancto que [sus] vecinos”²; y segundo, la imposición de unas convenciones y estructuras literarias, tomadas tal vez inconscientemente de la hagiografía por el lector de esta obra. El proceso iniciado por el narrador-personaje es por tanto acabado por el editor que prepara su testimonio para la publicación, dejándonos *La vida de Lazarillo de Tormes* y el género picaresco como los conocemos hoy.

La vida de Lazarillo de Tormes es a primera vista un simple relato de cómo un pobre niño de humilde e ignominiosa ascendencia se somete al abuso, a los engaños, a la chanza y a la hipocresía de una serie de amos, y aprende a sobrevivir al adoptar el mismo comportamiento que antes le había hecho su víctima. Esta lectura, arraigada en las nociones de adversidad y destino, fue repudiada por los que veían, sin embargo, la potencial artística de una vida narrada en primera persona y desde abajo, de modo

1. Marcus Tullius Cicero, *De inventione poetica (Rhetorici libri duo qui vocantur De inventione)* 1.7.9, ed. de E. Stroebel, Stuttgart, B. G. Teubner, 1915, reed. 1977, p. 8b: “inuentio est excogitatio rerum verarum aut veri similium, quae causam probabilem reddant”.

2. *La vida de Lazarillo de Tormes*, ed. de Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 1987 (“Letras Hispánicas”, 44), p. 8.

que nos induce a ver las imperfecciones que preferiríamos pasar por alto. En conformidad con la doctrina católica del libre albedrío, y en contradistinción a muchos críticos hoy, Cervantes y Quevedo no pudieron aceptar la premisa de determinismo circunstancial y hereditario a la que apela Lázaro, protagonista y narrador de *La vida de Lazarillo de Tormes*, para justificar sus acciones, aunque ellos también opondrían la perspectiva y las opiniones de sus protagonistas a los valores colectivos de una sociedad intolerante con el individualismo para poner de relieve la injusticia de este prejuicio³. Desde esta óptica, es claro que el género que en lo sucesivo se llamaría *picaresco* ideado por los primeros lectores de *La vida de Lazarillo de Tormes* no consistía en meros factores y condiciones sociales —el hambre, la orfandad, la delincuencia— sino en la manera en que se *debe* confrontar la adversidad, así que el egoísta y tal vez descaminado intento de Lázaro por definirse frente a los que le rodean abordara también los problemas más trascendentales de la libertad, el bien colectivo y el libre albedrío.

Si esta intención autorial se asemeja a la de la literatura didáctica medieval, es comprensible, ya que la temprana edad moderna seguía insistiendo en la ejemplaridad como *sine qua non* de las letras humanas, si bien con dos innovaciones: que se puede moralizar desde abajo y que la verdad admite no sólo el ejemplo positivo de héroes ya consagrados, sino también el negativo o incierto de personajes menos ilustres, porque, como explica Juan del Encina: “si malos no huviessen: no serian estimados los buenos, porque por los vnos venimos en conocimiento de los otros”⁴. Se podrían citar muchas opiniones del mismo tenor⁵, pero baste decir que una muy destacada consecuencia de darles la palabra a los imperfectos protagonistas de *La vida de Lazarillo de Tormes* (o de *La Celestina*) es que entonces el autor se exime de la obligación de justificar lo que ellos digan. Es suficiente dejar que sus encarnadas voces confronten las convicciones del mundo en general, así que le quepa al lector decidir por su cuenta lo que es eterno, cierto, justo y beneficioso de cada parte.

3. Sobre la idea de determinismo circunstancial en *La vida de Lazarillo de Tormes* y su repudiación por Cervantes y Quevedo, ver mi estudio “Quevedo y la picaresca”, en Ramón F. Llorens y Jesús Pérez-Magallón (eds.), *Luz vital. Estudios de cultura hispánica en memoria de Victor Quimette*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1999, pp. 49-58.

4. Juan del Encina, “A los muy poderosos y cristianissimos principes don Hernando y doña ysabel”, en *Cancionero de las obras de Juan del Enzina* (1496), ed. facs. de Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Real Academia Española, 1928, reed. 1989, f. 1r.

5. También en la última década del siglo XV, el cronista real Fernando del Pulgar declara en el proemio de su *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. y estudio de Juan de Mata Carriazo, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1943, vol. 1, p. 3: “Otrosí, despuesto todo odio & afición de personas, haremos memoria de aquellos que por sus virtuosos trabajos mereçieron aver loable fama, de la qual es razón que gozen sus desçendientes. Asimismo de algunos que, vençidos de los pungimientos de cobdiçia, invidia & de otros algunos pecados, herraron a lo que devían; porque se vea por esperiençia & sea enxemplo a los binientes el galardón que avn acá en esta vida dan los viçios y pecados a los que dellos se dexan vençer”.

Los defectos y delitos de los amos de Lázaro han sido ampliamente criticados por lectores modernos que, con todo, han sido muchísimo más indulgentes con Lázaro mismo en cuanto que a menudo atribuyen su degradación a la del mundo que le rodea. Armados con paradigmas psicológicos o filológicos, ellos proclaman la victimización o “aprendizaje inmoral” del protagonista en términos que se conforman no sólo con la tesis determinista —y por tanto apologética y exculpatoria— astutamente insinuada por Lázaro tanto en la estructura como en los recursos narrativos de su autobiografía, sino con las proclividades de sus propias culturas y momentos históricos, especialmente la renuencia actual a responsabilizar a los que han sufrido un trauma. Es muy posible que Lázaro anticipara esta reacción al decir en el prólogo, hablando del efecto de sus aventuras, que “podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite”⁶, ya que, si los lectores superficiales suelen aceptar las aseveraciones de Lázaro y deleitar en sus contratiempos y desventuras, el crítico más profundo, buscando una explicación más profunda, se complace con descubrir (mejor: *inventar*) la patología de su condición de protagonista y narrador. Hay una importante diferencia entre *deleitar* y *agradar*, entre el placer sensual y la satisfacción intelectual ocasionada en cambio por nuestra apreciación de la maestría artística y el *inuentio*⁷. En esto, podemos seguir a Aristóteles, quien, sopesando los tal vez desiguales beneficios del arte para el artista y su público, explica así sus efectos y cómo nos ayudan a captar la benevolencia de los demás: “Puesto que el aprender y el admirarse son apacibles, lo es también la imitación [i.e., el arte], incluso cuando no lo es el objeto que se imita, ya que no es el objeto mismo lo que deleita; el espectador deduce inferencias y por tanto aprende algo nuevo”⁸.

Para apreciar el impacto que esta confusión entre la verdad y el arte de *La vida de Lazarillo de Tormes* ha tenido sobre los lectores modernos, podemos considerar su reacción ante el aparente cambio que ocurre en la narración después del tercer tratado, y sobre todo ante la brevedad de los tratados cuatro y seis. Aunque algunos atribuyen este “decaimiento” a los apuros o a la incapacidad del autor, quien ha supuestamente perdido interés en su obra y no sabe terminarla⁹, los más insisten hoy en la “necesidad artística” de otra técnica que le permitiera al autor retirar al protagonista del medio en el que estaba inmerso, y así examinar la degradación de los

6. *La vida de Lazarillo de Tormes*, pp. 3-4.

7. Sobre *deleitar* y *agradar*, vid. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611), ed. facs., Madrid, Turner, 1984, pp. 448 y 51.

8. Aristóteles, *Retórica* 1.11 (1371b), trad. del texto en inglés de W. Rhys Roberts, en Friedrich Solmsen (ed.), *The Rhetoric and the Poetics of Aristotle*, New York, Random House, 1954, p. 71.

9. George Tyler Northup, *An Introduction to Spanish Literature*, Chicago, University of Chicago Press, 1925, p. 174; Albert A. Sicoff, “Sobre el estilo del *Lazarillo de Tormes*”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 11 (1957), p. 167; y Fernando Lázaro Carreter, “*Lazarillo de Tormes*” en *la picaresca*, 2ª ed., Barcelona, Ariel, 1983, pp. 98-102 y 154-56.

valores colectivos y de la moral¹⁰. En los dos casos, la crítica se enfoca en el autor, y no en Lázaro, aunque éste tiene buenos motivos para abreviar su autobiografía o *vida* de modo que desaparezcan su adolescencia y la responsabilidad concomitante con ella. Por consiguiente, el lector no puede sino asociar al complaciente cornudo del tratado final con la patética figura del niño traumatizado y abandonado por el escudero muy pocas páginas antes. El éxito de esta treta es evidente en el uso del diminutivo *Lazarillo* en el título impuesto sobre la obra por su primer editor, y en los muchos críticos que tachan al autor por no saber cumplir con el desafío que había asumido. Uno proclama: “su esfuerzo se debilita allá donde era precisa una capacidad creadora superior: en la transición de la infancia a la mocedad, en el paso paulatino de una psicología de niño a un carácter de adolescente y de hombre”¹¹, y otro, alegando que el desenlace es poco creíble sin la “adolescencia biológica” del protagonista, concluye:

Tenemos que reconocer que quedaba todavía mucha tela cortada en la vida del protagonista; y si el autor se la dejó sin trabajar y coser —es decir, si no hizo evidente y, por tanto, comprensible el proceso que condujo a semejante cambio—, debió de ser por motivos o causas que ignoraremos mientras carezcamos de datos sobre su personalidad; quizá, sencillamente, porque interviniera la muerte sin permitirle concluir su obra¹².

Pasando por alto el interés personal tras la sistemática si no consciente retirada de Lázaro en los cuatro últimos tratados, la crítica moderna ha adelantado una serie de ingeniosas explicaciones por su aparente falta de candor como narrador de eventos en los que se supone que fue partícipe, llevada por la idea que sólo una maldad indecible podría provocar esta desatención al realismo que había practicado en los primeros tres tratados. La brevedad de los tratados cuatro y seis es de nuevo el enfoque, esta vez del intento de discernir lo que no se atrevió a decir por vergüenza, por pudor o por miedo de la censura¹³. Es de notar, sin embargo, que este esfuerzo por

minar las palabras del protagonista en busca de “la más profunda humillación de su vida, humillación que él pudorosamente nos vela”¹⁴, sólo confirma la finura de su autobiografía, ya que, como su amo el buldero, Lázaro conoce el efecto que el silencio puede incitar en un público ya embelesado. No le cabe convencernos de la inevitabilidad de su aquiescencia a la iniquidad del mundo circundante, porque el crítico sofisticado lo hace en su lugar y de acuerdo con su instigación. Como intuye Pascal, la ausencia acarrea el asombro y nos hace reflexionar: “Le silence éternel de ces espaces infinis m’effraie”¹⁵.

Esta reacción crítica de nuevo refleja la connivencia de Lázaro y la confección monológica de su narración, en la que, como diría Bajtín, siempre se puede distinguir entre las proposiciones que se afirman y las que no:

no se afirman los pensamientos e ideas que son falsos o indiferentes desde la perspectiva del autor y que no caben en su cosmovisión; cuando él no los repudia polémicamente, ellos pierden la capacidad para significar directamente y se convierten en meros elementos de caracterización: son los ademanes mentales del personaje y los atributos más estables de su intelecto¹⁶.

Si en determinados momentos de los tres primeros tratados el uso de recursos dramáticos —aportes, diálogos, el tiempo presente— despierta la compasión haciéndonos convivir el abuso al que Lázaro estaba sujeto en su juventud, la cesación de estas ahora familiares usanzas en el cuarto tratado nos invita a contemplar su retraimiento y pasividad como adulto. Aunque algunos críticos han aseverado que esta variabilidad —por ejemplo, en el uso de presente y pasado— es arbitraria, como en el romancero y la épica¹⁷, y que la narración en presente substituye a la en pretérito “en aquellos instantes del pasado que el *autor* considera decisivos”¹⁸, es evidente que el presente se emplea, en cambio, sólo para animar aquellas escenas de la minoría del personaje

10. F. Courtney Tarr, “Literary and Artistic Unity in the *Lazarillo de Tormes*”, *PMLA*, 42 (1927), pp. 404-21; Raymond S. Willis, “Lazarillo and the Pardoner: the Artistic Necessity of the Fifth *Tractado*”, *Hispanic Review*, 27 (1959), pp. 267-79; Stephen Gilman, “The Death of Lazarillo de Tormes”, *PMLA*, 81 (1966), pp. 149-66; y Claudio Guillén, “La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*”, *Hispanic Review*, 25 (1957), pp. 264-79.

11. Lázaro Carreter, p. 82.

12. Francisco Ayala, *Experiencia e invención (Ensayos sobre el escritor y su mundo)*, Madrid, Taurus, 1960, p. 146.

13. La premisa de una trauma psicológica se debe a Karl Vossler en 1944; *vid.* “Los motivos heroicos”, *Introducción a la literatura española del Siglo de Oro*, 3ª ed., México, Espasa-Calpe Mexicana, 1961, p. 89. La más particular conjetura de una agresión homosexual contra Lázaro por parte del mercedario es de Alberto del Monte, *Itinerario del Romanzo Picaresco Spagnolo*, Florencia: Sansoni, 1957, p. 27. Harry Sieber, *Language and Society in “La vida de Lazarillo de Tormes”*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 52-53, sugiere que en el tratado IV “the term ‘shoebreaking’ . . . may be used to refer to sexual intercourse and its implications and, more specifically, to sexual initiation and

loss of virginity”. George Shipley prosigue en la misma línea en “A Case of Functional Obscurity: the Master Tambourine-Painter of *Lazarillo*, Tratado VI”, *MLN*, 97 (1982), p. 239: “each of the three terms Lázaro chooses, in the very elliptic report of *Tratado VI*, for acknowledging (and also concealing from the uninitiated) the activity of his sixth master—those terms being *maestro*, *pintar* and *panderos*—is associated popularly and in literary usage, in texts that precede and follow *Lazarillo de Tormes*, with the arts and crafts of love, sexual seduction and conquest, matchmaking and procuring”.

14. Vossler, p. 89.

15. Blaise Pascal, *Pensées*, ed. de León Brunschvieg, París, Hachette, 1950, p. 89, núm. 206. La misma premisa anima los comentarios de Pascal en el apartado “Disproportion de l’homme”, pp. 39-45, núm. 72.

16. Mikhail Bakhtin, *Problems of Dostoevsky’s Poetics*, ed. y trad. de Caryl Emerson, introd. de Wayne C. Booth, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1984, p. 80, mi trad.

17. Alan D. Deyermond, “*Lazarillo de Tormes*”: *A Critical Guide*, London, Grant and Cutler, 1975, p. 56.

18. Salvador Aguado-Andreut, *Algunas observaciones sobre el “Lazarillo de Tormes”*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1965, p. 77, énfasis añadido.

que corroboran el paradigma determinista que *él*, adulto y narrador, quiere que el lector vea como explicación de su conducta¹⁹. En efecto, aunque los últimos tratados sostienen las nociones de injusticia y adversidad, ellos asimismo proclaman la trascendencia de estos factores ambientales por Lázaro, presentándole en su estructura y expresión como observador inadvertido o burlado y no como partícipe. Se podría discutir la índole de esta trascendencia, ya que es posible que no haya evadido la mano de la corrupción sino ascendido a otro grado de duplicidad, pero, tanto retórica como pictóricamente, parecería que ha abandonado las viles querellas del mundo por la seguridad de una posición alejada y superior, si no la “cumbre de toda buena fortuna” que él reclama en la última frase²⁰.

Lo que nos interesa aquí es la diferente reacción de los primeros lectores y del público hoy. Como hemos visto, la crítica reciente suele enfocar su análisis desde una serie de presupuestos psicológicos, particularmente cómo el discurso de Lázaro refleja su experiencia del mundo, es decir, cómo se imprimen las vicisitudes ambientales (su linaje, crianza, aprendizaje, etc.) e históricas (la corrupción de instituciones y morales en la España del XVI) en su carácter y conciencia personales. Por lo tanto, si se notan anomalías en el comportamiento o la expresión del personaje, se las suele atribuir a la impericia del autor, quien, algunos aseveran, no pudo superar las raíces folklóricas de su protagonista para poder imbuírle con psicología²¹, es decir, el desarrollo orgánico y progresivo establecido por la ciencia clínica moderna. Si el lector del siglo XVI estaba ajeno de estas expectativas, no era porque le era también ajena la idea que la novela se nutre del “realismo formal”²², sino porque la escisión del ser humano en dos –la parte activa y la contemplativa– le sería familiar gracias a su intervención en la hagiografía y la confesión. En otras palabras, la inconsistencia en el comportamiento es un indicio de creencias o modelos antagónicos, la incompleta o imperfecta renunciación de faltas humanas en favor de ideales espirituales, en suma, el opuesto del individualismo y las premisas sobre los que se fundamentan la psicología y el “realismo formal”.

19. Las escenas narradas en el presente son el ciego y la posta (I, p. 45); el “paraíso panal” (II, pp. 58-63 pássim); los trabajos y hambre que pasa con el escudero (III, pp. 84-87); la uña de vaca (III, pp. 89-90); la procesión funeraria (III, pp. 95-97); y el susto que lleva con los acreedores del escudero cuando éste le abandona (III, p. 107).

20. *La vida de Lazarillo de Tormes*, p. 135, tratado VII.

21. Lázaro Carreter, pp. 80-83.

22. El “realismo formal” y su importancia para la novela se explican en Ian Watt, *The Rise of the Novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*, Berkeley: University of California Press, 1957, reed. 1974, p. 21: “Locke had defined personal identity as an identity of consciousness through duration in time; the individual was in touch with his own continuing identity through memory of his past thoughts and actions. This location of the source of personal identity in the repertoire of its memories was continued by Hume: ‘Had we no memory, we never should have any notion of causation, nor consequently of that chain of causes and effects, which constitute our self or person.’ Such a point of view is characteristic of the novel”.

A la luz de este esfuerzo por codificar la contienda que se espera percibir en la trayectoria vital de todo ser cristiano, es lógico que –cuando se reiteraron los criterios de una buena confesión (*aperta et verecunda confessio*) en la decimocuarta sesión del Concilio de Trento el 25 de noviembre de 1551, poco antes de la aparición de *La vida de Lazarillo de Tormes*– se hizo hincapié en las formas de expresión y conducta que exhiben la contrición (*animi dolor ac detestatio est de peccato commisso*) para que los feligreses aprendieran a “corregir y celar a [sí] mismos”, así como les corrigen y celan sus confesores en nombre de la Iglesia²³. Aunque los falsos penitentes explotarían esta codificación de ideales espirituales en busca de un beneficio personal, sobre todo en el ámbito Inquisitorial, como había advertido el Inquisidor General Nicolau Eymerich en su *Directorium Inquisitorum* de 1376:

Algunos desfilan con sus caras inclinadas hacia el suelo y otros con las suyas levantadas al cielo; tienen voces humildes y el aspecto exterior de santidad, así como los sepulcros, blanqueados y dorados en el exterior, están llenas de cadáveres de los muertos: porque los más están repletos de soberbia, lujuria, gula, pereza y vanagloria, como saben quienes les conocen. A causa de esta simulación de santidad, ellos inficionan a muchos otros, engañan a la gente y evaden el juicio del Inquisidor²⁴,

la traducción de preceptos religiosos en gestos y modales concretos se extendió con la campaña por adoctrinar a las masas nominalmente cristianas del Concilio de Trento²⁵. Aunque pocos lectores cuestionan este comportamiento remedado cuando lo practican adrede los amos de Lázaro, por ejemplo, en los ademanes con los que el ciego intenta convencer de su devoción:

23. *De confessione*, cap. 5 de *Doctrina de sacramento poenitentiae*, Concilium Tridentinum, Sessio XIV, en Henricus Denzinger, *Enchiridion symbolorum. Definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, 27ª ed., Barcelona, Herder, 1951, pp. 315-17. “Corregir y celar a nosotros mismos” es frase de Francisco de Osuna, *Tercer Abecedario espiritual* [1527], ed. de Melquíades Andrés Martín, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1972, p. 618. Los atributos de una buena confesión se discuten en los manuales de confesores que circularon a partir del siglo XIII, notablemente en la *Summa de poenitentia* (o *Summa de casibus*, ca. 1236) de Ramón de Peñafort. Alberto Magno, *Commentarii in Sententiarum libros quatuor* 4.17.36, resume en verso estos atributos: “Sit simplex, humilis, confessio, pura, fidelis; / Atque frequens, nuda, discreta, libens, verecunda; / Integra, secreta, lachrimabilis, accelerata; / Fortis, et accusans, et sit parere parata”.

24. Estas palabras concluyen el capítulo *De modis decem haereticorum, quibus errores suos obtegere student*, en Nicolau Eymerich, *Directorium Inquisitorum . . . cum commentariis Francisci Pegñae*, Roma, In Aedibus Populi Romani, 1585, p. 463: “aliqui incedunt vultu demisso ad terram: aliqui eleuato ad caelum: habent verba humilitatis, & exteriorem apparentiam sanctitatis, sicut sepulchra exterius dealbata & deaurata, quae interius sunt plena cadaueribus mortuorum: Nam interius, vt in pluribus pleni sunt superbia, luxuria, gula, accidia, & vanagloria: vt sciunt, qui eos nouerunt; propter quam speciam sanctitatis plurimos inficiunt, gentes decipiunt, & Inquisitoris iudicium euadunt”.

25. Esta campaña y su implantación en España se resumen en Jean Pierre Dedieu, “‘Christianisation’ en Nouvelle Castile. Catéchisme, communion, messe et confirmation dans l’archevêché de Tolède, 1540-1650”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 15 (1979), pp. 261-94.

En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer [...] Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año²⁶,

son reacios a la premisa que son asimismo afectados –fingidos y no espontáneos– no sólo las acciones, sino también los análisis filosóficos y supuestamente introspectivos, de Lázaro. Aunque él explícitamente reconoce la conveniencia de la simulación en la lucha por sobrevivir:

Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hobiese mamado en la leche, quiero decir que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que, aunque en este pueblo no había caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos²⁷,

varios críticos denuncian la incongruencia de sus “digresiones homilíticas” porque, en la reiteración de censuras convencionales, sin motivo ni interés personal declarado, no reflejan las auténticas convicciones –la psicología– de un individuo formado por sus experiencias. En el caso del niño protagonista del primer tratado, estas excursiones no concuerdan con su alegada simpleza, “en el que, como niño, dormido estaba” antes de la cornada del toro de piedra²⁸, y por tanto transparentan la perspectiva superpuesta de otro hombre maduro, el narrador adulto, tal vez en connivencia con el anónimo autor, según estos críticos²⁹.

26. *La vida de Lazarillo de Tormes*, pp. 25-27, tratado I.

27. *La vida de Lazarillo de Tormes*, p. 87, tratado III.

28. *La vida de Lazarillo de Tormes*, p. 23, tratado I. En páginas anteriores, Lázaro reitera los términos *simple*, *simpleza* y *simplemente* para insistir en su victimización a manos de los demás, por ejemplo, en la declaración: “Yo, simplemente, llegué, creyendo ser ansí. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días duró el dolor de la cornada” (p. 23).

29. Vid. Margit Frenk Alatorre, “Tiempo y narrador en el *Lazarillo* (episodio del ciego)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 24 (1975), pp. 216-18; Richard Bjornson, *The Picaresque Hero in European Fiction*, Madison, University of Wisconsin Press, 1977, pp. 36-37; Francisco Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, 3ª ed. corr. y ampl., Barcelona, Seix Barral, 1982, pp. 115-20; y Paul Julian Smith, *Writing in the Margin. Spanish Literature of the Golden Age*, Oxford, Clarendon Press, 1988, pp. 93-94.

A pesar del ingenioso uso de paradigmas derivados del psicoanálisis³⁰, las más de estas interrogaciones dejan de reconocer que la iluminación y la contrición *siempre* se manifiestan de una manera análoga –en la escisión de los seres activo del pasado y contemplativo del presente– en la literatura medieval y de la temprana edad moderna. Al asignar atributos y fórmulas tópicos a cada una de estas dos partes del ser humano, el autor cristiano figura las “dos naturas de dos voluntades, una buena, la otra mala”³¹, que, según afirma Agustín en sus *Confesiones*, se oponen en todo hombre, tanto en su lucha por reformarse como en los instantes cuando él recuerda y representa esta lucha. Aunque la escisión de estas *duas voluntates* y *duas contrarias mentes* es más evidente en *La vida de Guzmán de Alfarache* (1599/1604) y otras obras pseudoautobiográficas postridentinas, no cabe duda que también informa *La vida de Lazarillo de Tormes*. En efecto, muchos de los componentes que hoy se asocian con Lázaro como individuo –su hambre, orfandad, injurias, trabajos, “muerte putativa” e incluso la inspiración casi adivinatoria que dice haber tenido como niño– son convenciones de las vidas de santos, en las cuales el sufrimiento antecede la salvación, así como los obstáculos anticipan el fin del peregrinaje. Aunque muchos de estos elementos que integran la figura del niño protagonista tienen una intención visiblemente colectiva y doctrinal en la hagiografía, su uso con un propósito más egoísta en *La vida de*

30. Basándose en las fases de cognición e imaginación infantil propuestas por Jacques Lacan, Sieber, pp. 1-7, explica que las aparentes anomalías en los enunciados del niño protagonista pueden ser proyecciones, sustituciones y reflejos simbólicos de su maduración intelectual, es decir, del proceso que le confiere una idea de sí mismo y su identidad o *imaginario* personal. Sin cuestionar estas premisas, a las que añade el *parergon* de Jacques Derrida y la *vigilancia* de Michel Foucault, Smith propone que “this inconsistency of narrative process may be historically specific” (p. 98). En cambio, Guillén asevera que “el *Lazarillo* señala un hito fundamental en la evolución de un *homo duplex* nuevo en la literatura de los siglos XVI y XVII, que mejor se denominaría *homo multiplex*”. Con el apoyo de sociólogos como David Riesman, a quien no nombra en esta ocasión, Guillén continúa: “Múltiple es la persona del narrador; y múltiple el ser narrado... En ambos casos un *homo exterior* se destaca del *homo interior*, alejándose tanto de los demás como de un estrato más profundo o verídico de su propio ser. A cada paso del relato quisiéramos saber cuál de los dos habla, actúa y comenta; o si acaso los dos se tocan, obrando a la vez, o se combinan. Pues sentimos –es esencial– que el hombre exterior no es simplemente lo que se ve o lo que la conducta manifiesta; ni el hombre interior una mera intimidad secreta, que sólo existe para sí misma. Son dos formas de vida, la una muy próxima a lo que los sociólogos llaman *role-playing*; y la otra, al comportamiento íntegro. La originalidad del *Lazarillo de Tormes* consiste en mostrar que entre estos dos modelos polares hay toda una serie de gradaciones y de actitudes mixtas o intermediarias”. En “Los silencios de Lázaro de Tormes”, en *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 94.

31. *S. Aureli Augustini Confessionum libri XIII* 8.10, ed. y notas de James J. O'Donnell, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1992, vol. 1, p. 98: “in deliberando . . . duas naturas duarum mentium esse adseverant, unam bonam, alteram malam”. Con referencia a su propia lucha interna, Agustín añade: “ideo mecum contendebam et dissipabar a me ipso, et ipsa dissipatio me invito quidem fiebat, nec tamen ostendebat naturam mentis alienae sed poenam meae” (yo disputaba, entonces, conmigo mismo y me destrozaba a mí mismo, y esta disipación me estaba ocurriendo en efecto contra mi voluntad, y no obstante, tampoco evidenciaba la natura de otra mente, sino mis propias penas).

Lazarillo de Tormes acondiciona la mirada distante y literalmente despectiva de Lázaro mientras repasa la adversidad que ha superado para llegar a su “buen puerto” y “cumbre de toda buena fortuna”³². En el fondo, la retrospección es un proceso disociativo en la literatura que trata de epifanías y de la conversión.

En las décadas centrales del siglo XVI, la hagiografía se nutría de un discurso o estilización particular que informaba la representación artística no sólo de los que la Iglesia había investido con el título de santo, sino también de los que aspiraban en sus acciones a esta dignidad. Los relatos misioneros ofrecen muchos ejemplos, pero basta notar que a pesar de las explícitas instrucciones de Teresa de Jesús que su “ruin vida y pecados” se publiquen “porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien”³³, ella conspicua si no deliberadamente recarga su narración de convenciones y adornos hagiográficos. Esta práctica es tal vez de esperar ya que las vidas de santos se recontaban para proveer un ejemplo que otros podrían seguir, un proceso artístico que se denominaba *figuraliter et realiter* en la edad media³⁴. Por lo tanto, las obras ocupan el primer plano cuando Teresa se refiere a las vidas de santos que la inspiraban en sus fundaciones, aunque, más sutil y encubiertamente, ella también recuerda sus esfuerzos por comunicar los misterios de la gracia. Así, cuando cuenta cómo “comenzó el Señor a despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas”³⁵, es normal (y reconfortante inclusive) que se asocie esta presumiblemente personal merced con la experiencia de San Agustín:

32. Aunque muchos críticos alaban el realismo del autorretratado de los tratados dos y tres, las acciones del protagonista coinciden con, se inspiran en o incluso imitan las que se narran en las vidas de santos para ilustrar el comportamiento que se espera de todo cristiano. Lázaro las usa, en cambio, para criticar la conducta colectiva, o para recomendar una estrategia o filosofía poco honesta. Por ejemplo, él cuenta en el tercer tratado: “aunque en este pueblo no había caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena mañana me di, que antes que el reloj diese las cuatro ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos” (p. 87). Esta narración aparentemente original –en la cual se suprimen las palabras “había caridad, ni el año” en mi edición (Madrid: Ramos y Cia, 1829) del texto *castigado*– puede compararse con un pasaje en el *Espéculo de los legos (Speculum Laicorum)* del siglo XV: “Leese en las Vidas de los Padres que San Serapión mientras que era moço, solía asconder el pan en el seno e comerlo ascondidamente, e oyendo un día a su abad dezir que non era cosa alguna tan dannosa al monge commo ençelar los pensamientos e las cosas que fazía a los padres, sacó el pan que tenía ascondido en el seno e llorando demandó perdón, confesando su pecado. E dixole su abad: Fijo, librote la tu confesión e uençiste al diablo tu adversario e non valdrá cosa de aqui adelante contra ti”. Ed. de José María Mohedano Hernández, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951, pp. 81-82

33. Teresa de Jesús, *Libro de la vida* 10.7, ed. de Dámaso Chicharro, 8ª ed., Madrid, Cátedra, 1990 (“Letras Hispánicas”, 98), p. 187.

34. Caesarius de Heisterbach, *Sermo de translatione beate Elyzabeth*, cit. en Michael Goodich, *Vita Perfecta. The Ideal of Sainthood in the Thirteenth Century*, Stuttgart, Anton Hiersemann, 1982, p. 4.

35. Teresa de Jesús, *Libro de la vida* 9, título, p. 177.

¡Oh, válame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía para no determinar a darme del todo a Dios. Como comencé a leer las *Confesiones*, pareceme me vía yo allí... Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el Huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí³⁶.

Sin disputar la autenticidad de estas aseveraciones, se debe notar que Teresa se exime de la necesidad de afirmar la ortodoxia de su alumbramiento porque ya está implícita en la construcción de su relato.

El alcance de *La vida de Lazarillo de Tormes* es muy semejante, si bien con la evidente ironía de la pretensión del personaje-narrador a la santidad. Efectivamente, el uso de *vida* en el título ha invitado la conclusión que los primeros lectores asimilarían esta obra a la hagiografía que normalmente empleaba este término, algo que no hacían las obras de ficción³⁷. Aunque la división entre historia y ficción (o *poesía* de acuerdo con la terminología todavía vigente de Aristóteles) no era tan nítida en el primer Siglo de Oro como se supone hoy³⁸, esta premisa tiene mucho mérito, sobre todo a la luz de la renovada importancia del culto de los santos durante la contrarreforma católica y su propensión a encauzar la devoción religiosa –la más íntima inclusive– en paradigmas y modelos figurados, un problema del arte hagiográfica que Gregorio de Tours abordó ya en el siglo VI al redactar el prefacio de su *Vitae Patrum*. Consciente que la práctica de la virtud exige buenos ejemplos, notoriamente el de Cristo, Gregorio postula que la vivencia de la santidad es singular y no múltiple, por tanto que “es mejor decir *Vida de los Padres* que no *Vidas*, porque aunque haya una diversidad de méritos y virtudes, una vida del cuerpo nutre a todos en el mundo”³⁹. El subtítulo de su tomo es por tanto *Liber de vita quorundam feliciorum* (Libro de la vida de ciertos bienaventurados).

36. Teresa de Jesús, *Libro de la vida* 9.8, pp. 180-81. De acuerdo con la primera edición de Luis de León (Salamanca, 1588), he eliminado la división del texto en dos párrafos antes de “Como comencé a leer”.

37. Howard G. Jones, “La vida de Lazarillo de Tormes”, en Manuel Criado de Val (dir.), *La picaresca: orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca organizado por el Patronato “Arcipreste de Hita”*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, p. 451.

38. Trato este fenómeno y su efecto sobre el lector moderno en “Historiography with License: Isabel, the Catholic Monarch and the Kingdom of God”, en David A. Boruchoff (ed.), *Isabel la Católica, Queen of Castile: critical essays*, New York: Palgrave Macmillan, 2003, pp. 225-94, y con referencia al nuevo mundo en “The Poetry of History”, *Colonial Latin American Review*, 13.2 (2004), en prensa.

39. Gregorio de Tours, *Libri miraculorum aliaque opera minora*, ed. de H. L. Bordier, 4 vols., París, Jules Renouard & Cie., 1862, vol. 3, pp. 132-34: “quia sanctorum vita non modo eorum pandit propositum, verum etiam auditorum animos incitat ad profectum: et quaeritur a quibusdam utrum Vitam sanctorum, an Vitas dicere debeamus. . . . Unde manifestum est melius dici Vitam Patrum quam Vitas: quia cum sit diversitas meritorum virtutumque, una tamen omnes vita corporis alit in mundo”.

A pesar de estos factores, es evidente que no intervinieron ni el personaje ni el anónimo autor en el título impuesto sobre la obra. Como los demás atributos formales del libro que conocemos hoy –los epígrafes, los grabados del siempre joven Lazarillo (y no el adulto Lázaro) en la portada y al inicio de los tratados III-VII, la división del manuscrito en un prólogo y siete tratados– el título *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* es el resultado de una lectura, en concreto la del editor de la perdida *princeps*, quien tomó una serie de figuras y convenciones hagiográficas de otra obra que en aquel momento se daba a la estampa en el mismo taller de Juan de Junta en Burgos: *La vida del bienaventurado Sant Amaro, y de los peligros que pasó hasta llegar al Parayso terrenal*, publicada el 20 de febrero de 1552⁴⁰.

A juzgar por este acto de asimilación, en el que la similitud formal predomina sobre recursos y tropos narrativos –tales la ironía y la fragmentación de la perspectiva unitaria y los signos unívocos de la *civilización íntegra* descrita por Georg Lukács⁴¹– parecería que los primeros lectores de la novela picaresca no sabían recibirla tal como era, de acuerdo con sus propios impulsos y naturaleza internos, como tampoco sabrían muchos lectores de *Don Quijote* abrazar la novela polifacética de Cervantes cincuenta años después. En los dos casos, los criterios y arquitectura de una lectura episódica se imponen sobre un texto cuyo ritmo es otro, conforme con su modo de interrogación y disquisición. La *vida* de Lázaro se parcela de tal manera que se abre un nuevo tratado con la llegada de un nuevo amo. A pesar de las justificaciones históricas aducidas por algunos críticos que suponen la intervención del autor en este proceso⁴², es manifiesto que el texto mismo ni exige ni se conforma con esta división, ya que la frase inicial de cada tratado forzosamente remite a la última del tratado

40. Francisco Rico, “La *princeps* del Lazarillo. Título, capitulación y epígrafes de un texto apócrifo”, en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, pp. 417-46; reed. en *Problemas del “Lazarillo”*, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 113-51.

41. Georg (György) Lukács, *Die Theorie des Romans: ein geschichtsphilosophischer Versuch über die Formen des grossen Epik*, Berlín, P. Cassirer, 1920, cap. 1.

42. Vid., por ejemplo, los precedentes con los que Joaquín Casaldueiro afirma tanto la conveniencia como la convencionalidad de la disposición formal actual del Lazarillo en “Sentido y forma de *El Lazarillo*”, *Estudios de literatura española*, 3ª ed. ampl., Madrid, Gredos, 1973, pp. 76-77: “Aunque ya se haya dicho, quizás convenga recordar que *El Lazarillo* parcela el relato en siete tratados; el cuarto, el central, brevísimo. La simetría estructural es la que corresponde a su época, la misma de la primera égloga garcilasiana (Salicio-Nemoroso), igual a la de la *Diana* de Jorge de Montemayor –siete libros–. Como en la novela pastoril, *El Lazarillo* presenta una historia en cada uno de los tres primeros tratados; el tectónico centro (arquitectura del templo de Diana y arquitectura mental del sentimiento) se convierte en un cambio rítmico, muy subrayado por lo breve y rápido; más pronunciado todavía porque las tres historias iniciales han sido cada vez más largas y de creciente tensión. Como en la *Diana*, donde los tres últimos libros introducen una breve y rápida serie de historias, en el *Lazarillo* se pasa precipitadamente de un amo a otro y de oficio en oficio, hasta llegar a la satisfactoria situación final”.

anterior⁴³. Cervantes se burla de este característico y poco oportuno desvarío editorial en el *Quijote* para recalcar las diferencias entre su novela y la literatura tradicional épica (todavía prevaleciente en el siglo XVI), en la cual la disposición episódica de la acción refleja el estasis del mundo y sus valores⁴⁴, y podemos advertir que la preocupación actual por la brevedad de los tratados cuatro y seis es apócrifa, sin fundamento en cuanto a las intenciones tanto del protagonista-narrador como del autor de nuestra novela. Más significativa y revelador es la aceleración del ritmo después de la muerte putativa o simbólica de Lázaro con el escudero, porque, como en las auténticas vidas de santos, este cambio señala un nuevo comienzo, una existencia aparentemente informada por otros valores e intereses, y por otra natura y voluntad según el paradigma de Agustín⁴⁵. Es evidente que el título y los epígrafes creados por el editor registran esta insinuación hagiográfica en el empleo de la construcción bimembre “... y de...” característica si no privativa de las vidas de santos, aunque lo hacen de una manera ambivalente, ya que los epígrafes en particular enfocan ocupaciones, contextos y ansiedades patentemente ajenos a la hagiografía. En otras palabras, si el proceso editorial suministra el relato autobiográfico de Lázaro con una “identidad formal” de modo que se invita una lectura particular y favorable de sus acciones, esto no ocurre sin escrúpulos en cuanto a la trascendencia que se reclama en este caso. A diferencia de su uso tradicional hagiográfico, los términos *buen puerto* y *cumbre de fortuna* aquí tienen una función no sólo irónica, sino de doble fila, por una parte canonizando el comportamiento personal del protagonista, y por otra socavando las pretensiones sociales y espirituales de la comunidad que le rodea⁴⁶.

43. Por ejemplo, el tercer tratado comienza “Desta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza” (p. 71); la primera frase del tratado IV “Hube de buscar el cuarto” remite a la última del tratado III: “hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese ansí, mas que mi amo me dejase y huyese de mí” (p. 110); y la primera frase del tratado V “En el quinto por mi ventura di, que fue un buldero” (p. 112) no tiene sentido sin la referencia al viejo amo en última frase del tratado anterior.

44. Este procedimiento es especialmente frecuente en el *Quijote* de 1605, en el que abundan las primeras frases sin antecedente explícito, o que abren con “pues”, “y así”, “estando en esto”, “en esto”, etc. Tal vez más famoso es el inicio “La del alba sería” del capítulo 4, donde “la” remite a la última palabra del capítulo anterior: “. . . le dejó ir a la buen hora”. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Andrés Murillo, 5ª ed., Madrid, Castalia, 1978 (“Clásicos Castalia”, 77), p. 94.

45. Pensando en factores más egoístas y mundanales, Guillén, “La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*”, p. 278, observa que “Lazarillo crece, aprende, acendra su voluntad”, y concluye: “La rapidez de las últimas páginas subraya la transición del cuidado al ‘descuido’, del vivir en lucha con el mundo al mantenerse a una prudente distancia de él, con objeto de evitar sus escollos materiales, morales y sociales”. Asimismo, Willis, p. 275, dice que la aceleración del ritmo después del tercer tratado es “the disengagement of Lazarillo from the recollected anguish of experience”.

46. Es de notar que, a pesar de percibir una intención burlesca, algunos críticos insisten que los sucesos van “secundando y plegándose positivamente a la preceptiva ascética”, en palabras de Miguel Herrero, “Nueva interpretación de la novela picaresca”, *Revista de Filología Española*, 24 (1937), p. 351.

En este contexto, es de una capital importancia la manera en que Juan López de Velasco presume enmendar el texto de *La vida de Lazarillo de Tormes* después de su aparición en el *Catalogus o Indice de libros prohibidos* de 1559. Además de suprimir los tratados cuatro y cinco en su totalidad y unas cuantas aseveraciones evidentemente sacrílegas, López de Velasco cambia los títulos y epígrafes de manera sistemática, así que desaparecen la palabra *vida* y la construcción bimembre "..., y de...". En lugar de "Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó", el tratado dos se encabeza con "Cómo Lázaro asentó con un clérigo"; el tercero asimismo pasa de "Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él" al simple aviso "Assiento de Lázaro con un escudero"; y la novela en total se titula *Lazarillo de Tormes, castigado*⁴⁷. Más que resolver la "grosera mano" del editor que "creía brindar a los lectores una ayuda..., cuando lo que de veras hacía era demostrarnos que se le escapaban hasta los aspectos primarios del *Lazarillo*, hasta la misma radicalidad del planteamiento autobiográfico"⁴⁸, estos cambios se proponen erradicar otro error más grave. En efecto, aunque es cierto que el editor impuso un concepto de organización y estilo ajeno al del narrador (o del anónimo autor), haciendo explícito en la disposición formal del libro lo que antes se insinuaba en la retórica del personaje, este proceso no contaminó el texto, alterando su esencia, perspectiva o intenciones. Al contrario, sólo consolidó lo que estaba ya presente, ya que confrontaba al lector con la representación gráfica de la idea de adversidad y trascendencia aducida y proyectada por Lázaro para justificarse⁴⁹. Por lo tanto, es evidente que lo que le inquietaba a López de Velasco no fue la insensibilidad artística de la primera edición, sino la irreverente semejanza de la *vida* de su protagonista con la hagiografía en una época en la que un blanco de los que querían reformar la Iglesia era el culto de los santos.

A pesar de los esfuerzos de López de Velasco por borrar las más irreverentes y peligrosas fórmulas hagiográficas, las estructuras y reminiscencias introducidas por el primer editor subsistirían en la intuición del "realismo formal", instándole

47. Para los cambios introducidos por López de Velasco, *vid. La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, ed. y notas de José Caso González, *Boletín de la Real Academia Española*, Anejo XVII, Madrid: 1967, pp. 18-19, 83, 101 y pássim. *Lazarillo de Tormes, castigado* se publicó en *Propaladia de Bartolomé de Torres Naharro, y Lazarillo de Tormes. Todo corregido y emendado, por mandado del consejo de la santa, y general Inquisición*, Madrid, Pierres Cosin, 1573, ff. 373r-417v.

48. Rico, *Problemas del "Lazarillo"*, p. 132.

49. Implícita en otros momentos en la construcción y discurso del relato, esta intención es más evidente en el prólogo cuando Lázaro declara que quiere que sus vecinos "vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades", y que "consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto" (pp. 9 y 11).

al lector de *La vida de Lazarillo de Tormes* no sólo a asociar el sufrimiento del joven protagonista con su carácter de hombre maduro, sino a valorar los esquemas y arquetipos a los que Lázaro apela para insinuar su victimización y la inevitabilidad de su desventura, si él no puede convencer pregonando su prosperidad, buenas intenciones y reforma. Estos atributos formales no definen ni el género picaresco ni la perspectiva del autor detrás del pícaro, sin embargo, porque, de acuerdo con la doctrina católica contrarreformista, por mucho que la circunstancia incline al bien o al mal, es el libre albedrío del hombre que decide su comportamiento. En efecto, mientras el pícaro culpa su circunstancia de lo que es, insistiendo en el efecto corrosivo de sus padres y amos, y las instituciones a las cuales pertenecen, el autor demuestra que ésta y toda aseveración de la supremacía del destino o de la sangre es tan falsa como los valores privativos del mundo criticado por su personaje. Se fragmentan el discurso y los juicios incondicionales de la España Inquisitorial con la ironía de *La vida de Lazarillo de Tormes* y, en fin, la verdad, tanto de la vida como de la literatura, se encuentra en sus procesos y no en su arquitectura.